

La transmisión del saber durante la edad media y la labor filológica

José Carlos Martín Iglesias

Centro Asociado de la uned de Tudela - Universidad de Salamanca

ABSTRACT

La Filología Clásica es una ciencia de un gran valor para el conocimiento del patrimonio cultural de la Antigüedad Clásica, de la Tardo antigüedad y de la Edad Media. Este patrimonio se recupera especialmente mediante la edición crítica de los textos antiguos que consta de los siguientes apartados: a) estudio de la tradición manuscrita (manuscritos conservados, tradición indirecta y catálogos medievales), y b) estudio interno de la obra (literario, de fuentes, lingüístico e histórico). El autor desarrolla brevemente a modo de ejemplo el estudio que ha llevado a cabo de la Crónica de Isidoro de Sevilla (†636).

La Philologie Classique occupe une place d'une grande importance dans l'étude du patrimoine culturel qui procède de l'Antiquité gréco-romaine, de l'Antiquité tardive et du Moyen Âge. L'étude la plus importante dans ce domaine est l'édition critique des textes anciens: a) l'étude de la tradition manuscrite (manuscrits subsistants, tradition indirecte et catalogues médiévaux), b) l'étude littéraire, des sources, linguistique et historique. Dans cet article, l'auteur cite comme exemple de ce genre de recherches l'étude qu'il a effectuée de la Chronique d'Isidore de Séville (†636).

I. Introducción

Todo el mundo ha oído hablar de la importancia que tuvieron los monasterios medievales en la conservación y difusión del bagaje cultural de la Antigüedad Clásica a través de toda Europa durante el largo y tenebroso período de tiempo que siguió a la desintegración del Imperio Romano de Occidente, cuando éste fue incapaz de seguir conteniendo el empuje de los pueblos bárbaros del norte y del este de Europa. Así, se cree que todos aquellos textos que consiguieron ser recuperados de los oscuros armarios en los que se encontraban olvidados en muchos monasterios para ser copiados y enviados de unos monasterios a otros durante el llamado “Renacimiento” carolingio propiciado por Carlomagno a lo largo de la primera mitad del s. IX, han llegado hasta nuestros días. Por el contrario, aquellos que no fueron copiados entonces se consideran hoy irremediamente perdidos.

Sin embargo, si esto es cierto, no lo es menos que la pervivencia y la difusión del saber de la Antigüedad Clásica pagana (me refiero a los escritos de Platón o Aristóteles, entre los griegos; o de Cicerón o Julio César, entre los romanos —de este último, por ejemplo, apenas nos ha llegado una mínima parte de sus múltiples obras—) no se vieron tan favorecidas por los copistas de los monasterios cristianos como los escritos de los Padres de la Iglesia tales como Agustín de Hipona, Jerónimo, Gregorio Magno, o el escritor en el que centraré este pequeño trabajo, Isidoro de Sevilla.

II. Isidoro de Sevilla y la Hispania visigótica de los siglos VI-VII

Isidoro, nacido hacia 560, fue el hijo menor de una familia importante de la

administración de la Hispania visigoda. Hispanorromano, es decir, no godo, vio cómo sus dos hermanos varones mayores ocupaban importantes puestos en la Iglesia visigoda de la segunda mitad del s. VI, principalmente Leandro, obispo de Sevilla desde el año 579 aproximadamente, y con toda seguridad uno de los principales responsables, si no el principal, de la conversión al catolicismo del rey Recaredo (586-601), y con ello de todos los visigodos, hasta entonces arrianos, en el Concilio III de Toledo de 589. Finalmente, el propio Isidoro, a la muerte de su hermano Leandro, en torno al año 600, pasó a ocupar el obispado de Sevilla hasta su propia muerte en el año 636[1].

Del mismo modo que Leandro fue una de las figuras políticas más influyentes de la segunda mitad del s. VI, así como autor de varias obras religiosas, Isidoro, por su enorme cultura y sus dotes como escritor, se convirtió a partir del reinado de Sisebuto, en el año 612, en el principal consejero del nuevo rey así como, a la muerte de éste en 621, de sus sucesores Suintila (621-631) y Sisenando (631-6).

El reinado de Sisebuto supuso prácticamente el final de las luchas entre visigodos y romanos, pues consiguió unificar toda la Península bajo su reinado con la sola excepción de Cartagena, conquistada definitivamente en 625 por Suintila. La afición del propio Sisebuto a la lectura y a la escritura supuso además un auténtico “reinado de las letras”. En efecto, además de varias cartas, han llegado hasta nosotros un poema sobre la luna debido al propio rey, dedicado a Isidoro, y escrito para corresponder a un tratado isidoriano sobre astronomía, el *De natura rerum (Del mundo natural)*; así como una “Vida de santo”, la *Vita uel passio sancti Desiderii (Vida y muerte de San Desiderio)*, centrada en la figura de un obispo de la ciudad gala de Vienne[2]. La relación entre Sisebuto e Isidoro fue muy provechosa. Aquél admiraba al gran sabio y éste debió de sentirse muy a gusto en su relación con el monarca letrado, un ejemplo rarísimo para la época. Como ya he señalado, además del tratado astronómico *De natura rerum*, Isidoro escribió a petición de Sisebuto una crónica universal del mundo desde la creación hasta sus días (*Chronica*) y, sobre todo, pasó aproximadamente los veinte últimos años de su vida elaborando la gran enciclopedia de la Alta Edad Media, las *Etimologías (Etymologiae)*, en las que, en veinte libros en su versión definitiva, dejada inconclusa a su muerte, trataba de todos los saberes de su época, desde la música a la medicina, desde el derecho a la astronomía, desde la gramática a los nombres de los animales o de los vestidos.

Actualmente, un equipo internacional formado por investigadores franceses, españoles, ingleses e italianos, está ocupado en publicar una edición científica de las *Etimologías* ® de la que ya han aparecido varios volúmenes, cada uno de ellos dedicado a un libro: II, IX, XII, XIII, XVII y XIX ®, empresa inabordable para una sola persona tanto por la extensión de la obra como por el elevadísimo número de manuscritos que la han transmitido[3].

Por mi parte, he pasado estos últimos años (desde mediados de 1996) elaborando una nueva edición crítica de la *Crónica universal* de Isidoro, publicada por última vez en 1894 por el sabio alemán Theodor Mommsen, uno de los más grandes latinistas de la segunda mitad del s. XIX y Premio Nobel de Literatura[4]. Si nadie hasta ahora se había atrevido a enfrentarse a la *Crónica* de Isidoro era principalmente debido a dos razones: por un lado, esta obra gozó de un gran éxito entre los siglos VII y X, por lo que el número de manuscritos antiguos que la conservan es muy elevado; por otro lado, y ésta es la razón más importante, los manuscritos presentan varias versiones de esta obra, versiones que varían en el número de noticias que las componen y en las distintas redacciones de una misma noticia. En fin, además la edición de Mommsen estaba considerada una obra maestra de la filología alemana del XIX, lo que daba un gran peso al texto por él editado pese a que no llegaba a distinguirse claramente en qué consistían estas distintas versiones de la *Crónica*, y pese a que Mommsen había renunciado a establecer las relaciones existentes entre los manuscritos conservados de modo que pudiese explicarse cómo se había difundido la obra desde su redacción primitiva en Sevilla hasta el s. X, por lo menos[5].

Intentaré en las siguientes líneas resumir brevemente la solución del enigma de la

transmisión primitiva de la *Crónica* de Isidoro que Mommsen no pudo resolver. En tanto que obra científica, pues nos hallamos ante un manual de historia, la difusión de esta obra me permitirá mostrar cómo se transmitía el saber en la Edad Media y por qué vías los investigadores actuales podemos reconstruir el texto más próximo posible a la redacción original del autor e imaginar cómo las copias de dicho texto circularon por los monasterios medievales.

III. La labor filológica

Nuestro conocimiento del pasado a través de los textos depende enteramente de la labor filológica. ¿Por qué ésta es necesaria y en qué consiste? El paso previo al estudio de un texto consiste en determinar cuál es la versión de ese texto más próxima a la dada a conocer por su autor. No es éste un trabajo sencillo en muchas ocasiones debido a la complejidad de la llamada “tradición manuscrita” de los textos.

Poniendo el ejemplo de la *Crónica* de Isidoro, han sobrevivido hasta nuestros días 28 manuscritos anteriores al año 1000[®] un número bastante elevado[®], y un total de 119 conocidos hasta el s. XVII. Hasta ahora ha habido once ediciones impresas de esta obra entre el s. XV y el XIX, que en realidad se reducen a seis debido a que cinco de ellas no hacen sino reproducir una anterior^[6]. Pues bien, un estudio de estas seis ediciones originales permite comprobar que en ellas se reproducen cuatro versiones distintas de la *Crónica* de Isidoro. Así pues, según un historiador o un filólogo tome como referencia de su estudio de dicha obra una u otra edición llegará quizás a conclusiones bastante distintas sobre el trabajo de Isidoro, la estructura de la obra y las intenciones ideológicas de la misma.

¿A qué se debe esta disparidad entre las distintas versiones de la *Crónica* en las ediciones antiguas? Se debe a que únicamente una de ellas es una edición crítica científica. ¿Qué quiere esto decir? Esto quiere decir que sólo Theodor Mommsen en 1894 llevó a cabo el esfuerzo de consultar varios manuscritos antiguos y, mediante la comparación de las versiones que cada uno de ellos contenía, intentó determinar el texto más cercano a Isidoro. Las otras ediciones antiguas se limitaron a reproducir el texto de un solo manuscrito, aquel que el editor tenía más al alcance de su mano: las ediciones italianas, que son mayoría, se sirvieron principalmente de los manuscritos depositados en la Biblioteca Apostólica Vaticana, mientras que la única edición española original empleó un manuscrito de Toledo porque su autor era obispo de esta ciudad. ¿Pero por qué el resultado de una edición depende tanto del manuscrito consultado? Pues porque cuando los copistas medievales copiaban los manuscritos cometían distintos tipos de errores: omitían palabras y hasta líneas, confundían unas palabras con otras, o añadían fragmentos que no estaban en el original y que ellos tomaban de otras fuentes. Si se tiene en cuenta que esto ocurría siempre que se volvía a hacer una nueva copia del texto, fácilmente se comprenderá que cada nueva copia era bastante peor que la anterior y se alejaba cada vez más del original. Por eso los filólogos preferimos servirnos de los manuscritos más antiguos, principalmente los anteriores al s. X para los autores anteriores a esta fecha, pensando que los más recientes son menos fiables y contienen más errores.

El caso de la *Crónica* de Isidoro es especialmente complicado por el hecho de que una primera aproximación a los manuscritos revela inmediatamente que, en la mayor parte de ellos, esta obra aparece fechada por Isidoro en el año 615/6 y dedicada al rey Sisebuto, pues las obras históricas eran fechadas al final de las mismas mediante la indicación de los años de reinado del rey del momento. Frente a esto, encontramos en otros manuscritos una versión bastante diferente de la misma crónica fechada en el año 626 y dedicada al rey Suintila. Esta nueva versión es más larga que la anterior: contiene la mayoría de los pasajes de la versión de 615/6 (aunque no siempre en el mismo orden ni con el mismo texto), suprime algunos y añade sobre todo muchos otros. La tradición manuscrita de la *Crónica* de Isidoro es todavía más compleja si se tiene en cuenta que los manuscritos transmiten otras dos versiones de la misma obra: una versión abreviada y otra larga, mezcla de la versión de 615/6 y de la de 626. La pregunta que debe plantearse un filólogo

es: ¿todas estas versiones remontan al propio Isidoro o son fruto más bien de los múltiples cambios sufridos por la obra en el proceso de su transmisión manuscrita? Sea una u otra la respuesta verdadera, el filólogo debe explicar, en la medida de lo posible, cómo se han producido estos cambios, quién es el autor o quiénes son los autores de los mismos, en qué época se han producido éstos y por qué razones.

El procedimiento científico de la edición crítica de los textos es el siguiente: en primer lugar, el filólogo debe consultar todos los catálogos posibles de las bibliotecas existentes en la actualidad para determinar cuántos manuscritos se conservan en nuestros días del texto que se quiere editar® esta labor puede llevar meses, y la lista elaborada sigue siempre abierta, pues no es raro que aparezcan más y más manuscritos con el paso del tiempo®; en segundo lugar, debe decidirse cuáles de esos manuscritos se tomarán como base para el estudio del texto® en general, si es imposible consultarlos todos, se escogerán los más antiguos®; en tercer lugar, deben consultarse uno por uno los manuscritos elegidos, anotando cuidadosamente las diferencias existentes entre ellos a fin de ver en qué pasajes los unos difieren de los otros, es lo que se llama técnicamente “la colación de los manuscritos”. Para la *Crónica* de Isidoro colacioné 31 manuscritos, los 28 existentes anteriores al año 1000 más otros tres posteriores, dos del s. XI y otro del s. XIV, por ser manuscritos hispánicos (no hay muchos) o bien por la rareza de la versión en ellos conservada. Esta ocupación me llevó un año entero de trabajo.

Lo importante a la hora de estudiar el texto de los manuscritos es ver cuáles son los errores significativos comunes a varios de ellos, pues se parte de la idea de que un mismo error significativo no puede ser cometido por dos copistas de forma independiente en distintos monasterios y en distintas épocas. Se cree, por el contrario que si un mismo error significativo aparece en dos o tres o cuatro manuscritos, es porque todos ellos remontan a un mismo original, perdido en nuestros días (aunque no siempre), que contenía este error. Así, gracias al método de los errores comunes, el filólogo establece las familias de los manuscritos existentes y se puede determinar cómo ha sido el proceso de transmisión desde la redacción original del texto hasta nuestros días. Estas familias son representadas gráficamente mediante una especie de árbol genealógico llamado *stemma*.

En realidad un *stemma* no es más que un procedimiento cómodo del que nos servimos los filólogos para exponer rápida y económicamente mediante un dibujo cuáles son las familias de los manuscritos y cuál la importancia de un determinado manuscrito o de la versión de un manuscrito en concreto. Este *stemma* es el resultado, como ya he dicho, del estudio concienzudo de los manuscritos.

En el caso de la *Crónica* de Isidoro, el estudio de las distintas versiones de los manuscritos pone de manifiesto que el texto sufrió, al menos, los siguientes avatares:

a) En el año 615/6, la Hispania visigoda había alcanzado un gran equilibrio político y social: en lo político, los visigodos habían arrinconado a los restos del ejército del Imperio Romano en el sur de la Península, dominada por entero por el trono de Toledo; en lo social, la conversión al catolicismo de Recaredo en el año 589 había puesto fin a las luchas intestinas entre católicos y arrianos, cuyo dramático enfrentamiento había provocado que unos años antes el otro hijo del gran rey arriano Leovigildo (hacia 569-586), Hermenegildo, se alzase contra su padre tras convertirse al catolicismo, causando con ello una terrible guerra civil (años 579-84) que acabó con la victoria de Leovigildo y la muerte de Hermenegildo (en 585). En este clima de paz y prosperidad, Sisebuto, de común acuerdo con Isidoro, quiso probablemente emprender una labor de independencia cultural respecto del Imperio Romano y de los restantes autores de la Antigüedad, substituyendo los manuales heredados por la tradición por otros nuevos redactados por los sabios visigodos y principalmente por Isidoro de Sevilla. Debe entenderse así la solicitud del rey a Isidoro de componer un manual de historia universal.

b) En realidad, este manual de historia universal no era más que el paso previo para la redacción en un segundo momento de otro manual, el más importante a los ojos de Sisebuto e Isidoro, dedicado a la historia particular de los godos y especialmente de los visigodos. En efecto, pese a ser de origen hispanorromano, Isidoro se había convencido de

que el dominio visigodo de la Península Ibérica era fruto de la providencia divina y de que este pueblo invasor había sido llamado por su dios para substituir al Imperio universal romano. Se trataba entonces de estudiar la historia de la humanidad para rastrear desde los tiempos más remotos los orígenes del pueblo godo y todas sus grandes acciones. Sin embargo, siguiendo un procedimiento habitual en la época, la historia particular debía entenderse dentro de la historia universal —por ello con frecuencia los manuscritos de la *Biblia* iban acompañados de historias universales, como la de Jerónimo o la del propio Isidoro, así la historia del pueblo judío podía ser entendida dentro de un contexto más amplio, que era el de la historia de la humanidad—. En el caso de la Hispania visigoda, podemos imaginar que éste era el plan de Sisebuto e Isidoro porque en el año 621, en el que Sisebuto moría repentinamente —probablemente envenenado, según denuncia el propio Isidoro en su *Historia de los Godos*—, en los meses que siguieron a la muerte de este rey Isidoro saca a la luz una obra que debía estar ultimando en esos momentos, la citada *Historia de los Godos, Suevos y Vándalos*, en la que Sisebuto es ensalzado como el gran rey de la historia de los visigodos, tan importante como Leovigildo y Recaredo, los dos reyes ya míticos del s. VI que consiguieron la unidad política y religiosa de Hispania.

c) Sin embargo, la composición de una historia universal no era, en principio, algo necesario, pues Jerónimo en la segunda mitad del s. IV había traducido al latín y puesto al día la *Crónica Universal* de Eusebio de Cesarea, escrita en griego. Desde entonces, nadie había emprendido la enorme tarea de escribir una nueva historia universal, y los historiadores que vinieron después de Jerónimo se limitaron a continuar la crónica de éste desde el momento en el que ésta acababa hasta sus propios días. Isidoro es el primero que casi 300 años después de Jerónimo emprende la tarea de escribir desde el principio una nueva historia universal. Naturalmente porque el trono de Toledo quería contar con sus propios manuales en los que lo godo ocupase una posición de preeminencia. La situación cultural de la Hispania de comienzos del s. VII era especialmente propicia a ello por cuanto contaba con el gran sabio de la época, a nivel europeo, el gran Isidoro de Sevilla. Un escrito de Isidoro contaba con la seguridad de ser copiado profusamente no sólo dentro de la propia Hispania, sino, lo que era todavía más importante, fuera de ella. Así, el trono de Toledo tenía la certeza de que sus escritos ejercerían una gran influencia en toda Europa, pues la fama de Isidoro había ya trascendido las fronteras, como era el caso por aquellas mismas fechas de la de Gregorio Magno en Italia.

d) Además, un pasaje de la *Historia de los Godos* de Isidoro nos permite proponer una segunda razón: “Per multa quippe saecula et regno et regibus usi sunt [*sc. Scythae*], sed quia in chronicis adnotati non sunt, ideo ignorantur”, es decir, “Durante largos siglos los escitas tuvieron un reino y reyes, pero, como en ninguna crónica se dio cuenta de ellos, son por ello desconocidos” (Isidoro HG 2 rec. breuis).

En efecto, Isidoro, o quizás sería más justo decir la sociedad de intelectuales formada por Isidoro y Sisebuto, en tanto que escritores y eruditos, eran conscientes del devenir histórico y del nacimiento y fin de los imperios, como los de los persas, egipcios, griegos o romanos. Sabían también como lectores que la gloria de estos imperios, si ha sido confiada a un texto escrito, perdura más allá del fin de los mismos. Por ello, la *Crónica* y la *Historia de los Godos* han podido ser escritas obedeciendo a una razón de orden casi filosófico o de filosofía de la historia: que sean un testimonio para siempre del esplendor y del poder del reino hispano-visigodo de los siglos VI y VII, al menos desde Leovigildo hasta Sisebuto. Isidoro y Sisebuto han tenido así el mérito de ver cómo el tiempo que vivían era una época histórica de primer orden en el nacimiento de la nación visigoda de Hispania en el marco de la Península Ibérica. Así, puede decirse que Isidoro escribe para crear la memoria, para el futuro, en definitiva, para nosotros, los lectores actuales. Y el hecho de que sus dos obras históricas continúen siendo leídas y estudiadas es el mejor testimonio de su éxito, pues, en efecto, ambas constituyen una lectura obligada para cualquier historiador de los siglos VI y VII^[7], así como para cualquier filólogo interesado en la cultura visigoda.

e) Sin embargo, la muerte de Sisebuto en el año 621 puso prácticamente fin a la carrera de Isidoro como escritor. Esto puede deducirse del hecho de que la mayor parte de la producción isidoriana está comprendida entre los años 612 y 621, los del reinado de

Sisebuto. Después del año 621 Isidoro parece limitarse a escribir una obra de exégesis bíblica y a continuar trabajando en las *Etimologías*, la gran enciclopedia de la Edad Media, que había sido una petición de su gran amigo Sisebuto. Creo que puede sospecharse que la relación entre Isidoro y el nuevo rey visigodo que conquistó el trono después de Sisebuto, el rey Suintila, no debió de ser muy buena. En primer lugar, en el año 621, cuando Isidoro da a conocer apresuradamente la *Historia de los Godos*, incluye en esta obra la denuncia del asesinato por envenenamiento de Sisebuto, lo que es una clara acusación contra el nuevo gobierno. En segundo lugar, el hispalense apenas vuelve a escribir nada durante el reinado de Suintila, salvo las dos obras ya citadas y las segundas redacciones de su *Crónica Universal* y de su *Historia de los Godos*, ambas del año 626.

f) En efecto, en el año 626 Isidoro se vio sin duda instado por Suintila a celebrar la conquista visigoda de la última posesión del Imperio Romano en Hispania, la ciudad de Cartagena, tomada en el año 625. Suintila quiso entonces que el gran Isidoro ensalzase su figura como había hecho con su predecesor Sisebuto. Así Suintila solicitó al sabio hispalense que revisase sus dos obras históricas para incluir en ellas la noticia de la conquista de Cartagena y substituir el nombre de Sisebuto por el suyo en la dedicatoria de ambas obras. Isidoro no pudo negarse. Esto explica dos de las versiones que encontramos en los manuscritos —es muy significativo además el hecho de que la noticia sobre el envenenamiento de Sisebuto de la primera redacción de la *Historia de los Godos* haya sido suprimida de la segunda redacción de esta obra, en la que la muerte de Sisebuto se atribuye simplemente a una sobredosis en el uso de las medicinas—.

g) Pero hemos hablado de otras dos versiones: una abreviada y otra intermedia entre la primera y la segunda redacción de la *Crónica*. La abreviada, o epítome, tiene una fácil explicación. En la gran enciclopedia de las *Etimologías*, Isidoro dedica el libro V en su primera parte al Derecho y en su segunda parte a la Historia. En la parte dedicada a la Historia, Isidoro estudia los distintos términos utilizados en esta disciplina, distinguiendo entre sus significados, y cierra el libro V con una pequeña historia universal, que incluyó definitivamente en las *Etimologías* en torno al año 627 y que se limitó a resumir de la segunda redacción de su *Crónica*[8]. Este epítome conoció una doble vida, por un lado, dentro de libro V de las *Etimologías*, pero también como obra independiente en muchos manuscritos. Pues bien, además del resumen definitivo, la tradición manuscrita nos ha conservado otras dos versiones: los manuscritos de Colonia (*K*), Erzbischöfliche Diözesan- und Dombibliothek 83II, de comienzos del s. IX, copiado en la propia ciudad de Colonia, y de Viena (*V*), Österreichische Nationalbibliothek 89, comienzos del s. IX, copiado en Salzburgo, que testimonian del trabajo de Isidoro. El manuscrito *K* contiene una versión algo resumida de la segunda redacción de la *Crónica*, mientras que *V* transmite una versión con los mismos errores que *K* y ya muy próxima del epítome citado de las *Etimologías* (5,39), que contiene algunas peculiaridades que lo emparentan sin ninguna duda con el manuscrito de trabajo de Isidoro del que derivan las versiones de *K* y *V*. Es decir, a lo largo del proceso de abreviación de Isidoro, se hicieron copias parciales de su trabajo, hoy perdidas, pero de las que se conservan los manuscritos *K* y *V*.

h) Finalmente, las versiones intermedias entre la primera y la segunda redacción conservadas por los manuscritos de Florencia (*F*), Biblioteca Medicea Laurenziana, Pl. XX.54, del s. XI, copiado en Italia, y París (*a*), Bibliothèque de l’Arsenal, 982, del s. XIV, copiado en Italia o en el sur de Francia, deben explicarse también como procedentes del trabajo parcial de Isidoro mientras revisaba su primera redacción añadiendo nuevos capítulos y reescribiendo otros. Pese a ser dos manuscritos no demasiado antiguos ni tampoco hispanos, sabemos que la versión que transmiten es muy antigua y de origen hispano gracias al estudio de la llamada “tradición indirecta”. Con este nombre se designan aquellas obras literarias escritas por autores posteriores al estudiado que nos conservan fragmentos de la obra que nos interesa. La tradición indirecta o posteridad literaria de una obra debe ser siempre estudiada, pues ello permite saber qué autores conocieron al escritor objeto de estudio y qué tipo de manuscrito tuvieron éstos en su biblioteca. Pues bien, el estudio de la tradición indirecta de la *Crónica* de Isidoro de Sevilla me ha permitido descubrir que el autor anónimo de la llamada *Crónica Mozárabe* del año 754, escrita quizás en Toledo (otras teorías apuntan al sur de Hispania), se sirvió como fuente de la misma versión intermedia de la *Crónica* de Isidoro que aparece en los

manuscritos *Fa*. Igualmente, el autor de la *Crónica de Albelda*, escrita en Oviedo en 883, tuvo a su disposición un manuscrito de este mismo tipo. Esto junto con el estudio interno de la versión transmitida por los manuscritos *Fa*, me lleva a defender que dicha versión remonta al proceso de trabajo de Isidoro. En efecto, es hoy algo generalmente admitido que los autores medievales trabajaban casi siempre sobre dos manuscritos de una misma obra, uno de ellos se quedaba en la biblioteca del monasterio o de la catedral, mientras que el otro, copia del anterior que iba recibiendo todas las modificaciones del original, era el destinado a ser prestado si hacía falta. En el caso de los grandes autores era muy frecuente que, aunque éstos no hubiesen acabado del todo una obra, su renombre hiciese que se les reclamase insistentemente una copia de sus nuevas obras, sobre todo cuando se trataba de revisiones. Por ello no se nos han conservado versiones intermedias de la primera redacción de la *Crónica*, pues Isidoro no prestó probablemente ninguna versión inacabada de su obra. Sin embargo, en el caso de la revisión, esto era más fácil, pues la obra ya tenía una entidad propia aunque no estuviese del todo terminada. Por ello, podemos suponer que hacia el final de su trabajo, pero antes de haber acabado el mismo, Isidoro prestó una copia de su manuscrito de trabajo a petición de alguien interesado, quizás del propio rey, que quería saber cómo iba el trabajo, pues, como hemos visto, los primeros testimonios de esta versión intermedia se encuentran en Toledo. Pero en la Antigüedad un autor no podía controlar la copia de sus obras, y esta primera copia dio origen a muchas otras que pronto salieron de Hispania, pasaron al sur de la Galia merovingia y de allí al norte de Italia. Curiosamente, de esta versión intermedia no quedan manuscritos antiguos, pues el que lo es más remonta ya al s. XI.

IV. Cómo trabajaban los escritores medievales

El filólogo que estudia una obra debe abordar también dos aspectos fundamentales de la misma: las fuentes que manejó su autor y los autores posteriores que se sirvieron a su vez de ella como fuente —lo que hemos llamado la “tradicón indirecta”—. Esto es importante precisamente para conocer mejor cómo se transmitía el saber, pues el estudio de las fuentes nos permite determinar qué autores eran leídos por el nuestro y qué manuscritos se hallaban en su biblioteca. Al mismo tiempo, su empleo como fuente por autores posteriores nos indica que en una fecha y en un lugar concretos un manuscrito de nuestro autor había llegado hasta allí.

En el caso de la *Crónica* de Isidoro, éste organizó así su trabajo: tomó como base del mismo hasta el s. IV la *Crónica* de Jerónimo (en su versión de hacia 378), que resumió. Sin embargo, a diferencia de Jerónimo, que comenzaba su historia con los tiempos de Abraham, Isidoro quiso empezar con la creación del mundo según la mitología judeocristiana, para ello tuvo entonces que servirse para el período que iba desde la creación a Abraham de otras fuentes, éstas fueron, naturalmente, el *Génesis*, pero también la *Ciudad de Dios* de Agustín de Hipona (escrita entre los años 412 y 426/7), una de las obras más leídas y copiadas de la Antigüedad, y la *Crónica* de Próspero de Aquitania (escrita hacia 455). Desde Abraham hasta finales del s. IV, la fuente fundamental es, como ya he dicho, la *Crónica* de Jerónimo, aunque Isidoro sigue utilizando la *Ciudad de Dios* de Agustín. Otras fuentes también empleadas, aunque en menor medida, son el *Breuiarium rerum gestarum populi Romani* de Rufio Festo (hacia 370) y el *Breuiarium ab urbe condita* de Eutropio (hacia 369); y para la historia de la Iglesia, la *Historia Eclesiástica* de Eusebio en su traducción latina de Rufino de Aquileya (de 402/3), así como la *Historia Eclesiástica* de Casiodoro (de mediados del s. VI). A continuación, para el período posterior a Jerónimo, Isidoro se sirve de los continuadores de la *Crónica* de aquél: entre finales del s. IV y mediados del s. V, la fuente principal es la *Crónica* de Próspero de Aquitania (de hacia 455), que el sevillano completa principalmente con noticias de la ya citada *Historia Eclesiástica* de Casiodoro. Para los años posteriores a Próspero, Isidoro emplea la continuación de la *Crónica* de Próspero realizada por Víctor de Tunnuna (de hacia 567), que debía de seguir en el mismo manuscrito consultado por Isidoro a la de Próspero. La escasez de fuentes para este período disponibles en la biblioteca de Sevilla debió de ser muy grande, pues prácticamente Isidoro no se sirve de ninguna otra en esta

parte de su trabajo. Para los años posteriores a Víctor de Tunnuna, pese a formar parte de la propia vida de Isidoro, nacido en torno al año 560, y de los que habría debido de hablar a menudo con sus hermanos mayores, principalmente Leandro, Isidoro emplea sobre todo la *Crónica* de Juan de Biclario (de hacia 590), continuación de la de Víctor, pues, efectivamente, Isidoro fue un gran compilador, pero no un espíritu original, por lo que tanto en su *Crónica* como en su *Historia de los Godos*, son muy pocas las noticias que le debemos a él y que no han sido tomadas de otros autores. Para los últimos años abarcados por su *Crónica*, entre 590 y 615/6 y luego 626, Isidoro ha debido de servirse de una crónica italiana hoy perdida, además de incluir noticias redactadas por él mismo. En fin, durante la revisión de su *Crónica* entre el 625 y el 626, Isidoro no añade nuevas fuentes, sino que se limita a añadir más noticias de las mismas fuentes de las que ya se había servido en el a. 615/6, según el procedimiento general en la Antigüedad de alargar los textos con ocasión de su revisión, nunca de abreviarlos.

Este estudio nos permite, por tanto, concluir que en 615/6 la biblioteca de Sevilla contaba con manuscritos de todos los autores citados. Este estudio de la biblioteca de Sevilla a comienzos del s. VII se ve enriquecido naturalmente por el de las otras obras de Isidoro, así como por el de las de su hermano Leandro, su predecesor en el cargo episcopal de esa ciudad. Y un estudio más general de otras bibliotecas de la misma época en Toledo, en Zaragoza, en Córdoba, y en el resto de Hispania, así como en la Galia merovingia, en Alemania, en Italia o en las Islas Británicas, es lo que revela cuáles fueron los autores más leídos y, gracias a los errores que encontramos en ellos, cómo circulaban los textos. Pues, en efecto, Isidoro, por ejemplo, se sirvió de una versión de la *Crónica* de Jerónimo que estaba interpolada y contenía noticias que no habían sido escritas por el de Belén, sino por algún copista posterior, pero naturalmente esto el hispalense era incapaz de saberlo.

En segundo lugar, ya he señalado que Isidoro se convirtió rápidamente en uno de los autores europeos más leídos y de mayor prestigio. Ello propició que sus obras fueran rápidamente copiadas y utilizadas. El estudio de la tradición indirecta de la *Crónica* de Isidoro me ha permitido obtener los siguientes resultados:

1. Primera redacción de la *Crónica*

- anónimo, *Continuatio Hauniensis Prosperi*, hacia 625, norte de Italia (quizás Pavía)
- Pseudo-Fredegario, *Crónica*, hacia 660, Borgoña
- *Anonymus ad Cuimmanum*, Bobbio (?), finales del s. VII o comienzos del s. VIII
- Beda, *De temporibus liber* y *De temporum ratione*, monasterio doble de Wearmouth-Jarrow (Nortumbria, norte de Inglaterra), respectivamente, años 704 y 725
- anónimo, *Collectio canonum Hibernensis*, Irlanda (quizás en los monasterios de Munster o de Iona), comienzos del s. VIII (de aquí la toma Sedulio Escoto, *Collectaneum miscellaneum*, Lieja, tercer cuarto del s. IX)
- anónimo, recensión del año 742 de la *Crónica* de Juan de Biclario, centro o sur de Hispania
- Paulo Diácono, *Historia romana e Historia de los Lombardos*, Montecasino, respectivamente hacia 770, y entre los años 787 y 797
- (?) Beato de Liébana (junto a Santander), *In Apocalipsin libri XII*, hacia 786
- anónimo, *Historia Brittonum*, Gales, hacia 829/30
- anónimo, *Chronica beatorum Augustini et Hieronymi*, sur de Italia, hacia 849
- Adón, obispo de Vienne, *Crónica Universal*, año 870
- anónimo, *Chronicon Wirziburgense*, Würzburg, hacia 1057

- Marianus Scottus, *Crónica Universal*, Mainz, entre 1069 y 1082/83
- Frutolf de Michelsberg, *Chronicon uniuersale*, abadía de Michelsberg en Bamberg, finales del s. XI
- (?) anónimo, *Historia Silensis*, quizás escrita en León, segundo decenio del s. XII
- (?) Orderico Vital, *Historia Ecclesiástica*, abadía de Saint-Évroult, entre 1123 y 1141
- anónimo, *Crónica de Nájera*, monasterio de Santa María la Real de Nájera (?), hacia 1180
- Godofredo de Viterbo, *Speculum regum*, hacia 1183
- anónimo, *Crónica de la abadía de Saint-Victor de París*, hacia 1190
- Ricobaldo de Ferrara, *Pomerium Rauennatis Ecclesie*, hacia 1298, Ravena; y *Compendium historie Romane*, hacia 1316-8, Verona

2. Segunda redacción de la Crónica

- anónimo, *Crónica anglo-sajona* (traducción en inglés antiguo de una compilación de anales latinos perdidos, de procedencias y fechas diversas), Wessex, hacia 891/2

3. Versiones intermedias

3.1. Familia de los manuscritos abreviados KV

- Freculfo de Lisieux, *Crónica*, hacia 819 (versión de K)
- anónimo, *Annales Hildesheimenses*, monasterio de St. Michel en Hildesheim, hacia 994 (versión de V)
- (?) Honorius Augustodunensis, *Imago mundi*, Francia (quizás París o Laón), entre 1107 y 1110 (versión de V)

3.2. Familia de los manuscritos Fa

- anónimo, *Crónica Mozárabe del a. 754*, Toledo o sureste de España, hacia 754
- (?) Elipando, arzobispo de Toledo, *Epistola ad Carolum Magnum* y *Epistola ad Alchuinum*, finales del s. VIII
- (?) anónimo, *Crónica Pseudo-isidoriana* (en árabe), territorio mozárabe, s. IX (hay una versión latina del s. XII)
- anónimo, *Crónica de Albelda*, Oviedo, año 883
- (?) anónimo, *Crónica de Alfonso III*, Oviedo, entre 883 y 890
- Guido Pisanus, *Liber de uariis historiis*, Pisa, hacia 1119
- Lucas de Tuy, *Chronicon mundi*, monasterio de San Isidoro en León, años 1232-36
- Jiménez de Rada, arzobispo de Toledo, *Breuiarium Historie Catholice*, finales de la primera mitad del s. XIII

4. Versión definitiva

- anónimo, *Chronicon Vedastinum*, abadía de Saint-Vaast de Arrás, finales del s. XI

5. Versiones sin identificar

- Braulio, obispo de Zaragoza, *Renotatio librorum diui Isidori*, hacia 636

- Hugo de San-Víctor, *De tribus maximis circumstantiis gestorum seu Chronicon*, abadía de Saint-Victor de París, hacia 1130

- John Capgrave, *Abreviación de crónicas*, Ermitaños de San Agustín en Kings Lynn (Norfolk), hacia 1462-3

6. Epítome del libro V de las *Etimologías*

- Hermann de Reichenau, *Chronicon de sex aetatibus mundi*, hacia 1054

- Wolfger de Prüfening, *De scriptoribus ecclesiasticis*, abadía de San Jorge en Prüfening, 1139 - 1165/70 (copia a Hermann de Reichenau)

- Lamberto de Saint-Omer, *Liber Floridus*, hacia 1120

- Gregorio de Catino, *Chronicon Farfense* (hacia 1107-1119) y *Liber Floriger* (hacia 1132), Farfa (junto a Roma), primera mitad del s. XII

- Pierre Béchin, *Chronicon Turonense*, Tours, hacia 1137

- Mateo París, *Chronica maiora*, abadía de San Albans (junto a Londres), hacia 1259

- un monje franciscano, *Flores temporum*, lugar de redacción desconocido, hacia 1292-9

V. Los catálogos antiguos

En los últimos años, el estudio de los autores antiguos se ha visto enriquecido por las noticias contenidas en los catálogos de las bibliotecas medievales, así como en otros más recientes, o en cartas, diarios de viaje o incluso testamentos. En este tipo de documentos se nos han transmitido los títulos de las obras que se conservaban en un momento determinado en una biblioteca, ya fuese de un monasterio, de una catedral o de un propietario particular. Así, el estudio de los títulos (a veces incluso se añade el comienzo y el final de las obras que se citan) permite conocer la existencia de muchos manuscritos hoy perdidos. Además, en ocasiones, el simple título de un catálogo es bastante significativo como para poder identificar la versión que contenía el manuscrito perdido cuando otros conservados transmiten el mismo título.

El estudio de estos catálogos en el caso de la *Crónica* de Isidoro me ha permitido establecer la siguiente lista^[9]:

1. Bobbio, catálogo fechado entre el s. VII y comienzos del s. IX
2. Bobbio, catálogo posterior al año 830
3. Reichenau, catálogo fechado entre 835 y 842
4. Lorsch, catálogo redactado hacia el año 860
5. Inventario del año 882 contenido en el manuscrito El Escorial, Biblioteca del Real Monasterio de San Lorenzo, R.II.18, quizás de la biblioteca de un particular de Córdoba

6. Monasterio de San Cosme y San Damián en Abellar, documento fechado el 5 de noviembre del año 927
7. Saint-Kilien (Würzburg), biblioteca de la catedral, inventario fechado en el año 1000
8. Abadía de Montecasino, catálogo fechado en 1023
9. Nuestra Señora de Ripoll, inventario fechado en 1047
10. Cluny, catálogo fechado a mediados del s. XI
11. Nuestra Señora de Pomposa, inventario fechado entre 1078 y 1093
12. Abadía de Saint-Rémacle en Stavelot, inventario fechado en 1105
13. Saint-Amand-en-Pévèle, catálogo de la segunda mitad del s. XII
14. Saint-Martial de Limoges, inventario del s. XIII
15. Monasterio de San Zoilo en Carrión de los Condes, según una noticia del *Liber priuilegiorum Ecclesiae Toletanae* fol. 141v, hacia 1239
16. Abadía de Saint-Pons de Tomières, catálogo fechado en 1276
17. Catedral de Osma, catálogo de finales del s. XIII
18. Abadía de Holy Cross en Holyrood (Midlothian, al norte de las Islas Británicas), según el registro general de los manuscritos de Inglaterra, Escocia y País de Gales fechado a comienzos del s. XIV y conocido como *Registrum Anglie de libris doctorum et auctorum ueterum*
19. Monasterio de San Juan de la Peña en Huesca, según una noticia del archivo de la catedral de Valencia fechada el 17 de marzo de 1370
20. Biblioteca del Papa Benito XIII, muerto en Peñíscola el 23 de mayo del año 1423, según el inventario de sus bienes realizado por Gil Sánchez Muñoz a la muerte del Papa
21. Montecasino, catálogo fechado entre 1464 y 1471
22. Biblioteca de Leonardo Mansueti, inventario fechado entre 1474 y 1478
23. Roma, Biblioteca Vaticana, catálogo realizado en 1481 en tiempos del Papa Sixto IV
24. Biblioteca de Ambrosius Schwerzenbek en Tegernsee, catálogo de 1483
25. Mayorca, monasterio de Santa María la Real, catálogo de 1499
26. Florencia, biblioteca de Pierfilippo Pandolfini, muerto en 1497, inventario ordenado por su hijo en diciembre de ese mismo año
27. Nuremberg, biblioteca de Hartmann Schedels (muerto en 1485), catálogo de 1498
28. Florencia, convento de San Marco, catálogo de 1500
29. Florencia, convento de San Marco, otro catálogo conservado en un manuscrito del s. XVI que se encuentra actualmente en Milán
30. Canterbury, biblioteca de la catedral, catálogo de 1508
31. Bolonia, convento de San Domenico, inventario fechado entre 1508 y 1512

32. Salamanca, biblioteca de la catedral, inventario de 1533
33. Monasterio de San Juan Bautista en Launde (Leicestershire), noticia fechada en torno a 1536-40.
34. Bourges, biblioteca de la Santa Capilla, catálogo de 1552
35. París, inventario de la biblioteca de J. Cujas, de 1574
36. Biblioteca de Roma de Max-Sittich, cardenal de Altemps, muerto en 1595
37. Biblioteca de García de Loaisa Girón (1534-1599), arzobispo de Toledo, inventario fechado entre febrero y abril de 1599 a la muerte de Loaisa
38. Biblioteca del Monasterio del Escorial, catálogo de finales del s. XVI
39. Biblioteca del Conde-Duque de Olivares Gaspar de Guzmán, según un catálogo de 1627
40. Biblioteca de Alejandro Petau, catálogo de 1645
41. Biblioteca de Alejandro Petau, según otro catálogo transmitido por el manuscrito Leiden, Bibliotheek der Rijksuniversiteit, Voss. lat. Q. 76
42. Saint-Germain-des-Prés, París, catálogo de 1677
43. Biblioteca de Fernando de Arce y Dávila, inventario de 1677 redactado tras su muerte con ocasión de la venta de sus manuscritos
44. Abadía de Cîteaux, catálogo del s. XVII conservado por el manuscrito Paris, BNF, lat. 11792
45. Biblioteca de los manuscritos de la Reina de Suecia, inventario fechado entre 1680 y 1689 y realizado por los benedictinos de la Congregación de San Mauro de Roma
46. Biblioteca de Manuel Pantoja (†1669), catálogo de 1736
47. Abadía de Notre-Dame de Belval, catálogo de 1741
48. Biblioteca de Colbert en París, según una noticia de E. Flórez de 1751
49. Toledo, biblioteca de la catedral, según una carta de A. Marcos Burriel a D. Pedro de Castro fechada el 30 de diciembre de 1754
50. Notre-Dame de Ripoll, catálogo de 1800
51. Biblioteca de Thomas Phillipps, según una noticia de 1828
52. Londres, catálogo de una subasta celebrada en 1859
53. Biblioteca de Pedro Caro y Sureda, catálogo de 1865
54. Archivo de la parroquia de San Juan de Ceneros (Asturias), comienzos del s. XX, según una noticia del paleógrafo español A. Millares Carlo se trataba de un manuscrito del s. XI

Es evidente que la versión más conocida y copiada de la *Crónica* de Isidoro fue la de la primera redacción del año 615/6 dedicada a Sisebuto. Un manuscrito de esta familia fue el primero en abandonar en una fecha muy temprana la Península Ibérica, pues gracias a las últimas líneas de la *Crónica* en algunos manuscritos sabemos que en el año 624 un modelo hoy perdido se encontraba ya en el norte de Francia, en Neustria, y fue dedicado al rey merovingio de la época Clotario II.

Ese mismo texto aparece un año después, en el 625, en el norte de Italia, donde lo utiliza el anónimo autor de la *Continuatio Hauniensis Prosperi* (un clérigo que vivió quizás en Pavía). Esta versión conoció un gran éxito y aparece por toda Francia, así como en Alemania e Italia: en el norte de Francia, en París (en la *Crónica de la abadía de Saint-Victor de París*), en Reims, en el centro de Francia: Orléans, Tours y Fleury, en el este de este mismo país; en Alemania en Mainz, en Würtzburg (en el *Chronicon Wirziburgense*); en Italia, al norte y en el centro, en Montecasino (obras de Paulo Diácono).

Por su parte, otra de las familias de esta primera versión parece transmitir un texto que permaneció durante largo tiempo sin salir de Hispania y que fue mucho menos conocido que el de la citada con anterioridad. Cuando comenzó a ser copiado fuera de nuestras fronteras, circuló principalmente por el noreste de Hispania hacia la Septimania, y desde allí hacia el sur de Francia, pasando por Lyon, para llegar a continuación al norte de Italia, a Luca y luego hasta el sur (*Chronica beatorum Augustini et Hieronymi*).

Lo más sorprendente es la ausencia de una rama insular, pues con mucha frecuencia los textos hispanos pasaban en primer lugar a las islas británicas y desde allí al norte de Francia y a Alemania. Sin embargo, en el caso de la *Crónica* de Isidoro ningún manuscrito antiguo tiene un origen insular. A pesar de ello, el estudio de la tradición indirecta nos confirma que copias de esta obra se difundieron en las islas y fueron conocidas y utilizadas como fuente de diversas obras históricas, por ejemplo, por Beda en Nortumbria (año 704), que utilizó un manuscrito de la primera redacción, o por el autor anónimo que escribió en Gales la *Historia Brittonum* (hacia 829/30), o por el también anónimo autor irlandés de la *Collectio canonum Hibernensis* (de comienzos del s. VIII).

Por otro lado, frente a la enorme difusión de la primera redacción de la *Crónica* de Isidoro, la segunda fue mucho menos copiada, sobre todo la versión definitiva del año 626. En efecto, no nos ha llegado ningún manuscrito antiguo de origen hispano que contenga esta versión, que aparece sólo en el norte de Francia, en Reims y en la abadía de Saint-Vaast en Arrás (*Chronicon Vedastinum*); en el sureste del Imperio Carolingio, en Sankt-Gallen, y en Salzburgo o Wissenburg. Muy diferente es el caso de la versión intermedia transmitida por la familia de los manuscritos Fa, que es la que aparece por todas partes en la tradición indirecta hispánica. Del sur pasó a León (*Chronicon mundi* de Lucas de Tuy), luego a Oviedo (*Crónica de Albelda*, *Crónica de Alfonso III*), a Nájera (*Crónica de Nájera*), de allí al sur de Francia (*a*) y finalmente al norte de Italia (*F y Liber de uariis historiis* de Guido Pisanus, compuesto en Pisa).

Muy interesante es la reducida difusión de la otra versión intermedia de la familia de los manuscritos KV. El único manuscrito antiguo que ha conservado el texto largo de esta redacción fue copiado en Colonia (*K*), pero remonta probablemente a un modelo de origen insular. Al mismo tiempo, esta versión aparece también al oeste de Francia, en Lisieux, junto a la costa (en la *Crónica* de Freculfo de Lisieux). Todo ello apunta a que un manuscrito con esta versión abandonó Hispania con destino a las islas y desde allí se difundió por el noroeste de Europa, sin que fuese conocido en ninguna otra región. En cuanto a la versión abreviada de este mismo texto, fue algo más conocida, sobre todo en el este del Imperio Carolingio, tanto al norte como al sur: en Hildesheim (*Annales Hildesheimenses*) y en Salzburgo (*V*).

A modo de conclusión digamos entonces que la edición crítica de los textos es el paso previo imprescindible antes de ocuparse del estudio interno de cualquier obra (ya sea éste literario, lingüístico o histórico), pues sólo el análisis detallado de la tradición manuscrita de un texto nos permite determinar con precisión cuál fue la forma querida para éste por su autor. Naturalmente, la dificultad de establecer qué forma fue ésta no alcanza el mismo grado de complejidad en todos los casos. He expuesto aquí un ejemplo especialmente difícil con el propósito de que la importancia de la labor del filólogo se pusiese claramente de manifiesto. Al mismo tiempo, he intentado presentar al lector poco iniciado en este terreno cuáles son las tendencias actuales dentro de esta disciplina, la ecdótica, que ha experimentado una gran renovación metodológica en los últimos años gracias a los trabajos llevados a cabo sobre los catálogos medievales, por un lado[10], así como a los de la corriente conocida como la “crítica genética” de los textos, por otro[11].

En fin, la labor que queda por realizar en el ámbito de la edición crítica de los textos es aún ingente. No sólo por lo que a los textos medievales se refiere, muchos de los cuales siguen aún inéditos, sino también en relación con los autores de la Antigüedad Tardía. Muchas obras de autores de primer orden para nuestra cultura occidental como Agustín de Hipona, Jerónimo o Gregorio Magno, además del propio Isidoro, siguen siendo accesibles únicamente a través de viejas ediciones, o, lo que es peor, de ediciones relativamente recientes que toman como base un solo manuscrito, por considerarlo “el mejor” de los conservados, dejándose así llevar por un error inveterado y difícil de erradicar de que el editor debe elegir entre todos los manuscritos conservados “el mejor” de ellos y limitarse a reproducirlo, corrigiendo simplemente los errores manifiestos del texto. Me pregunto si, en algún caso, más que un error (gravísimo) metodológico, no es una simple excusa (inconfesable claro) para no colacionar de forma exhaustiva durante meses todos los manuscritos más antiguos conservados, estudiando a continuación sus variantes durante otros muchos meses hasta establecer el *stemma* correspondiente que aclare sus relaciones y la difusión temprana del texto.

Sea como fuere, creo que puede afirmarse que en este terreno sólo a partir de los últimos cincuenta años hemos comenzado a contar con ediciones verdaderamente fiables de la mayor parte de los autores de la Antigüedad Tardía y de la Edad Media. Muchos deben ser editados de nuevo, muchos permanecen inéditos. Ése es el desafío y al mismo tiempo la riqueza de nuestra disciplina.

Bibliografía

Arévalo, F., *S. Isidori Hispalensis episcopi Hispaniarum doctoris opera omnia*, t. VII, Roma, 1803

Azzetta, L., “Tradizione latina e volgarizzamento della prima deca di Tito Livio”, *Italia Medioevale e Umanistica* 36 1993, pp. 175-97

Bartholomaeis, V. de, *Storia de' Normanni di Amato di Montecassino volgarizzata in antico francese*, Roma, 1935

Breul, J. du, *Sancti Isidori Hispalensis Episcopi, Opera Omnia quae extant*, Paris, 16011 (Coloniae Agrippinae, 16172)

Catalogue des Manuscrits français. Tome premier, Ancien Fonds, Paris, 1868

“Compte rendu du Colloque Isidorien tenu à l'Institut d'Etudes Latines de l'Université de Paris le 28 juin 1970”, *Revue d'Histoire des Textes* 2, 1972, pp. 282-8

Contat, C.—Ferrer, D. (eds.), *Pourquoi la critique génétique? Méthodes, théories*, Paris, 1998

Díaz y Díaz, M.C., “Introducción general” a San Isidoro de Sevilla. *Etimologías. Edición bilingüe*, t. 1 (Libros I-X), J. Oroz Reta—M.A. Marcos Casquero (eds.), Madrid, 1982 (reimp., 1993), pp. 1-257

- Domínguez del Val, U., *Historia de la Antigua Literatura Latina Hispano-cristiana, tomo III Isidoro de Sevilla*, Madrid, 1998
- Flórez, E., *España Sagrada*, tomo VI, Madrid, 1751
- Fontaine, J., *Isidore de Séville. Genèse et originalité de la culture hispanique au temps des Wisigoths*, Turnhout, 2001
- . id., “King Sisebut’s *Vita Desiderii* and the Political Function of Visigothic Hagiography”, en *Visigothic Spain: New Approaches*, E. James (ed.), Oxford, 1980, pp. 93-129 (reimp. en J. Fontaine, *Culture et spiritualité en Espagne du IVe au VIIe siècle. Variorum Reprints*, London, 1986, n° VII)
- García Moreno, L.A., *Historia de España visigoda*, Madrid, 1989
- . id., “La Andalucía de San Isidoro”, en las *Actas del II Congreso de Historia de Andalucía. Historia Antigua (Córdoba, 1991)*, Córdoba, 1994, pp. 555-79
- González Flórez, M., “Edición internacional de las Etimologías de Isidoro de Sevilla. Situación actual del proyecto e instrucciones a los editores”, *Studium Legionense* 15, 1974, pp. 327-34
- Grévy, N.—Ornato, E.—Ouy, G., *Jean de Montreuil. Opera*, vol. 2: *L’oeuvre historique et polémique. Édition critique*, Torino, 1975
- Grial, J., *Diui Isidori Hispalensis episcopi, opera omnia*, t. I, Madrid, 1597
- Lignamine, J.P. de, *Isiodori [sic] opusculum de temporibus*, Roma, hacia 1473
- Lindsay, W.M., *Isidori Hispalensis Episcopi Etymologiarum siue Originum Libri XX*, I-II, Oxford, 1911
- Loaisa, G. de, *Chronicon D. Isidori Archiep. Hisp. Emendatum, scholiisque illustratum*, Taurini, 1593
- Martín, J.C., “Caracterización de personajes y tópicos del género hagiográfico en la *Vita Desiderii* de Sisebuto”, *Helmantica* 48, 1997, pp. 111-33
- . id., “El capítulo 39 del libro V de las *Etimologías* y la *Crónica* de Isidoro de Sevilla a la luz de la tradición manuscrita de esta última obra”, en las *Actas del III Congreso Hispánico de Latín Medieval*, M. Pérez González (coord.), Universidad de León, en prensa
- . id., *La Chronique d’Isidore de Séville. Édition critique et commentaire*, I-II, París (École Pratique des Hautes Études. IVe Section), 2000 (Tesis Doctoral inédita dirigida por F. Dolbeau)
- . id., “Une nouvelle édition critique de la *Vita Desiderii* de Sisebut, accompagnée de quelques réflexions concernant la date des *Sententiae* et du *De uiris illustribus* d’Isidore de Séville”, *Hagiographica*, en prensa
- . id., “Verdad histórica y verdad hagiográfica en la *Vita Desiderii* de Sisebuto”, *Habis* 29, 1998, pp. 291-301
- Mommsen, Th., *Monumenta Germaniae Historica, Chronica Minora 2 (auct. antiq. 11)*, Berlin, 1894
- Onofrio, M. d’ (dir.), *Les Normands peuple d’Europe 1030-1200*, Venise, 1994
- Ornato, E.—Ouy, G., “Édition génétique de textes médiévaux”, en *Les éditions critiques. Problèmes techniques et éditoriaux. Actes de la Table ronde internationale de*

Oroz Reta, J.—Marcos Casquero, M.A., San Isidoro de Sevilla. *Etimologías*, I-II, Madrid, 1982 (reimp. en 1993),

Patrologia Latina, tomo 83, Paris, 1862

Planck, S., *Isidori opusculum: De temporibus*, Roma, hacia 1487/88

Recchia, T., *Sisebuto di Toledo: il «Carmen de Luna»*, Bari, 1971

Roncallius, T., *Vetustiora Latinorum Scriptorum Chronica ad mss. codices emendata*, tomo II, Patauii, 1787

Schelstrate, E. de, *Antiquitas Ecclesiae dissertationibus monimentis ac notis illustrata*, tomo I, Roma, 1692

Ulloa, B., *Diui Isidori Hispalensis episcopi opera*, Madrid, 1778, tomo I, pp. 123-53

Vázquez de Parga, L., “Notas sobre la obra histórica de San Isidoro”, en *Isidoriana*, M.C. Díaz y Díaz (ed.), León, 1961, pp. 99-106

[1] Sobre la vida y obra de Isidoro de Sevilla, vid. Díaz y Díaz, *Introducción general*; García Moreno, *La Andalucía*; Domínguez del Val, *Historia de la Antigua Literatura*, tomo III; y Fontaine, *Isidore de Séville*.

[2] Sobre Sisebuto, vid. Recchia, *Sisebuto di Toledo*; Fontaine, *King Sisebut's Vita Desiderii*; Martín, *Caracterización de personajes*; id., *Verdad histórica*; e id., *Une nouvelle édition*. Sobre la Hispania visigoda, el mejor estudio histórico sigue siendo el de García Moreno, *Historia de España visigoda*.

[3] La última edición crítica completa data ya de 1911: Lindsay, *Isidori Hispalensis Episcopi*. Sobre la nueva edición en preparación, vid. el *Compte rendu du Colloque Isidorien*; y González Flórez, *Edición internacional*.

[4] Th. Mommsen, *MGH, CM 2*, pp. 424-81.

[5] Vid. Vázquez de Parga, *Notas*, especialmente la p. 99: “Pero queda pendiente la cuestión de hasta qué punto estos textos, de que actualmente disponemos, responden auténticamente al original dictado por el obispo hispalense. Mommsen no pretende haber conseguido, y ni aun siquiera haber intentado, reproducir en sus ediciones este texto original. Por otra parte el aparato crítico de ellas dista mucho de ser claro y sencillo, resultando imprudente utilizarlo sin una lectura detenida y atenta de las observaciones formuladas en cada introducción”; Díaz y Díaz, *Introducción general*, p. 139: “El problema de las fuentes no está resuelto... La *Crónica* nos ha llegado en dos recensiones que no aparecen en absoluto delimitadas en la edición de Mommsen”; Domínguez del Val, *Historia de la Antigua Literatura, tomo III*, p. 119: “Como la edición de Mommsen (sc. de la *Crónica* de Isidoro) está lejos de habernos dado el texto original salido de la pluma de Isidoro, incumbe a los eruditos descubrir ese texto primigenio para que podamos valorar adecuadamente la *Crónica* del Hispalense”.

[6] La más antigua, la denominada “editio princeps”, es la de J.P. de Lignamine, *Isidori [sic] opusculum de temporibus*, Roma, aparecida hacia 1473. Las siguientes son: S. Planck, *Isidori opusculum: De temporibus*, Roma, hacia los años 1487/88; G. de Loaisa, *Chronicon D. Isidori Archiep. Hisp. Emendatum, scholiisque illustratum*, Taurini, 1593, pp. 1-96; J. Grial, *Diui Isidori Hispalensis episcopi, opera omnia*, t. I, Madrid, 1597, pp. 92-117 (que reproduce la anterior); J. du Breul, *Sancti Isidori*

Hispalensis Episcopi, Opera Omnia quae extant, Paris, 1601, pp. 374-97, hay una segunda edición impresa en Coloniae Agrippinae en 1617, pp. 260-73 (reproduce de nuevo la de Loaisa); E. de Schelstrate, en *Antiquitas Ecclesiae dissertationibus monimentis ac notis illustrata*, t. I, Roma, 1692, pp. 582-94; E. Flórez, *España Sagrada*, t. VI, Madrid, 1751, pp. 445-68 (que reproduce la de Grial); B. Ulloa, *Diui Isidori Hispalensis episcopi opera*, Madrid, 1778, t. I, pp. 123-53 (que también reproduce la de Grial); T. Roncallius, *Vetustiora Latinorum Scriptorum Chronica ad mss. codices emendata*, t. II, Patauii, 1787, pp. 419-62 (que reproduce la de Loaisa); F. Arévalo, en *S. Isidori Hispalensis episcopi Hispaniarum doctoris opera omnia*, t. VII, Roma, 1803, pp. 63-106 (que, sin decirlo, reproduce la de Grial); *Patrologia Latina*, tome 83, cols. 1017-58 (que reproduce la de Arévalo); además de la ya citada de Th. Mommsen.

[7] En fin, siempre y cuando sepan latín, lo que dado el grado de ignorancia al que están llegando hoy día los historiadores españoles de la Antigüedad y de la Edad Media, del que además muchos se precian, empieza a ser una verdadera rareza. En efecto, no existe ninguna traducción moderna de la *Crónica* de Isidoro. La única que conozco está en francés antiguo, y nos ha sido conservada por el manuscrito de París, Biblioteca Nacional de Francia, fr. 688, copiado a comienzos del s. XIV en el sur de Italia (quizás en Nápoles). Sobre este manuscrito, vid. el *Catalogue des Manuscrits français*, pp. 70-1; Bartholomaeis, *Storia de' Normanni*, pp. lxxxviii-xcv; Azzetta, *Tradizione latina*, p. 195; Onofrio, *Les Normands*, pp. 380-1 n° 54 (noticia de M.T. Gousset). La traducción citada se encuentra en los ff. 1^{ra}-11^{rb}.

[8] Se trata del capítulo 39 del libro V de las *Etimologías*. Quien tenga interés en saber algo más de Isidoro y de esta obra suya puede leer el libro de Oroz Reta y Marcos Casquero, *San Isidoro de Sevilla*, con una traducción de los veinte libros al español. Me propongo dedicar un estudio detallado a este epítome en el próximo III Congreso Hispánico de Latín Medieval, que se celebrará en León, del 26 al 29 de septiembre de 2001, bajo la dirección de M. Pérez González. Mi contribución se titulará “El capítulo 39 del libro V de las *Etimologías* y la *Crónica* de Isidoro de Sevilla a la luz de la tradición manuscrita de esta última obra” y aparecerá publicada naturalmente en las Actas del citado congreso.

[9] No me ocupo aquí, por falta de espacio, del problema de la identificación de las distintas recensiones de la *Crónica* de Isidoro que se hallaban en estas bibliotecas, para lo que remito a mi Tesis Doctoral: *La Chronique d'Isidore de Séville. Édition critique et commentaire*, París, 2000, dirigida por François Dolbeau (que se puede consultar en la Biblioteca de la École Pratique des Hautes Etudes, IVe Section, Sciences Historiques et Philologiques, de París), “Deuxième partie: Le classement des manuscrits et de la tradition indirecte”, capítulo: “Le classement des manuscrits perdus ou inconnus”. Dicha tesis no habría sido posible sin la Beca postdoctoral del Ministerio de Educación y Cultura que me permitió trabajar en París entre 1997-98 en el Centro Lenain de Tillemont pour le Christianisme Ancien et l'Antiquité Tardive (París IV-Sorbona), donde fui amablemente acogido por Jacques Fontaine.

[10] Con figuras como Gregorio de Andrés, Veronika von Büren, Manuel C. Díaz y Díaz, François Dolbeau, B. Munk-Olsen, Donatella Nebbiai-Dalla Guarda, o Monique Peyrafort.

[11] Vid., por ejemplo, Grévy—Ornato—Ouy, *Jean de Montreuil*; Ornato—Ouy, *Édition génétique*; y Contat—Ferrer, *Pourquoi la critique génétique?*